

NO SÓLO HAY QUE CONOCER SINO OBRAR DE ACUERDO A ESE CONOCIMIENTO

Jorge Rivadeneyra A.

Cuando se entra a la biblioteca, lo primero que se nota es un olor a viejo. Luego la penumbra, como si se estuviese acabando el día. Es posible que el sustantivo biblioteca tenga algún parentesco antiguo con la oscuridad y la claridad; intimidante, ¿no? Debe ser por eso, porque los tantos pensamientos están como coagulados, que luz solar penetra por ventanitas de reducidas dimensiones. En uno de los rincones se encuentra un estante bastante largo, en cuyo entrepaño superior, que en realidad es una tabla bastante carcomida por la polilla, se halla una larga fila de muchos libros de autores completamente desconocidos y otros, olvidados ya, como los de Marx y sus innumerables epígonos. No siempre la biblioteca estuvo aquí, aclara Domingo. Ni en esta ciudad. Ni siquiera en este país.

Joaquín sabe o intuye que el viejo se está refiriendo a destierros, persecuciones policiales, trasteos de urgencia. En cambio Vicente, al que llaman *Patacaliente* por la imposibilidad de mantenerse por mucho tiempo en el mismo lugar, no

intenta interpretar los decires de Domingo; prefiere acercarse a los libros, y toma un ejemplar de las Obras Escogidas de Marx, Editorial Progreso, Moscú. La pasta se ha convertido en una especie de piel de elefante por lo rugosa, por lo gris de lo antiguo. Pero su apariencia maciza es engañosa. Cuando abre el libro se evidencia una especie de fragilidad, la de las hojas reseca, quebradizas y no sólo de un amarillo oscuro sino con subrayados, manchas de café, las huellas de quemaduras de cigarrillos, esos signos del tanto uso.

Algunas de esas hojas se han pegado por la humedad y el polvo. Mejor no tratar de abrirlas, sobre todo porque ya no es de vida o muerte enterarse de su contenido.

Hace años, no se exactamente cuántos, dice Domingo, en el tomo I lei por primera vez las *11 Tesis sobre Feuerbach*. Páginas vibrantes, ¿o no?, sobre todo para un adolescente en plan de cambiar el mundo. Allí dice que "*la vida social es, en esencia práctica. Todos los misterios que descarrian la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica*".

Los otros callan, como si estuvieran meditando.

Casi en cada una de esas 11 Tesis, insiste Domingo, reiterada-

mente, se machaca que la actividad humana es objetiva, *que es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío; la terrenalidad de su pensamiento*. Y como quien da la estocada final, añade: Marx puntualiza que son los hombres, mediante su acción, los que hacen que cambien las circunstancias del mundo. Entonces, la acción es el motor que mueve todo cuanto, en oposición a la simple contemplación, al lloriqueo, al quemeimportismo. Eso creo que pensé en ese entonces, aun cuando no estoy muy seguro de haberlo hecho.

Después de estos ditirambos sobre la práctica, la Tesis 11 afirma que *“los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata de transformarlo”*.

Entonces Joaquín interrumpe, y con una especie de sonrisa recuerda que Karl Popper, mientras tomaba una Pilsen en una cervecería de Viena, con cierta ironía alteró el enunciado y escribió: *“los marxistas se han limitado a interpretar el marxismo de diversas maneras; lo que importa, no obstante, es transformarlo”*. Se refería a transformar el marxismo, claro, y así lo escribió después, en su *Conocimiento Objetivo*, (1997, Tecnos, 41).

Claro, se trata de un sarcasmo, nada más, puntualiza Domingo. Al margen de la ironía, en ese enton-

ces me interesaba saber si en el proceso de transformación de la realidad tenía algo que ver el pensamiento, o si todo era nomás un hacer por hacer, como en esas películas llamadas de acción, donde de principio a fin hay trompadas, carreras, tiros, chirridos y relinchos. La respuesta no la encontré de inmediato, sino al cabo de los años. Estaba en el *Capital*, del mismo Marx, donde, en la página 130, editorial FCE, dice que *las abejas producen panales que por su perfección podrían avergonzar a más de un maestro de obras. Pero, hay algo en que el peor maestro de obras aventaja a una abeja, y es el hecho de que antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar ese proceso existía ya en la mente del obrero, un resultado que tenía ya existencia ideal*. ¿Es decir que el pensamiento es parte de la práctica? Desde luego; incluso parece que fuese la simiente y el fruto porque la práctica a secas no formula conjeturas ni unifica lo disperso alrededor de una idea. De ese modo, el pensamiento, mediante el vehículo del lenguaje, también es una forma de acción.

Este Marx es un gallo, dice Joaquín. ¿Se acuerdan?, en ese entonces, por eso del quiquiriquí, llamábamos gallo a todo lo sobresaliente. Sin embargo, Goethe, agudo como esas cuchillas de la serranía, mucho antes que Marx ya había

dicho que *"la duda, de cualquier tipo, sólo se termina por la acción"*. Y también que *no es posible conocerse a sí mismo por la contemplación sino por la acción*.

La erudición, vea, no se sabe si de pacotilla, porque los unos y los otros recordaron a viejos filósofos, a no sé qué hilo rojo que dizque une el pensamiento europeo, como si los de más adelante hubiesen re-comenzado justo en el lugar donde murió la palabra de los de más atrás, formando una cadena de eslabones variables. Y mencionaron a Fichte, ¡caramba! Ese olvidado autor había calificado a su época de indiferente a la verdad, de libertina y desenfrenada, como es normal en quienes creen que en el pasado hubo algo mejor. Por eso había escrito que *el conocimiento no es nunca un puro acto teórico. Por medio de las inferencias lógicas, por medio de nuestra potencia de argumentación y raciocinio, jamás podremos alcanzar la realidad y la verdad, y mucho menos penetrar en su esencia. La única realidad que es clara, cierta, incommovible, y que no admite duda alguna, es la realidad de nuestra vida: es una realidad práctica y no puramente teórica... La realidad no la aprehendemos con la inteligencia, sino con la voluntad*.

Eruditamente, Joaquín dijo, nótese que cuando privilegia el concepto de voluntad, está anticipándose o fundamentando lo

que más tarde diría Schopenhauer y Nietzsche.

Es decir que la vocación del hombre no sólo es conocer sino obrar de acuerdo con su conocimiento. No nos encontramos en el mundo para contemplarnos en un espejo ni para cavilar sobre piadosas sensaciones, como por ejemplo la libertad, tanto más que Adorno hizo notar que "el capitalismo ha logrado unificar la libertad y la opresión, donde la opresión aparece como libertad y la libertad como sumisión". Estamos aquí para la acción. Tu acción, y sólo tu acción, determina tu valor.

Vicente, *El Patacaliente*, caminaba como tigre enjaulado. Los principios parecen cárceles, dijo, y el concepto de práctica debería ser más amplio para que me explique cosas como el dolor, o esa sensación de abatimiento que flota como un corcho en aguas empantanadas cuando se piensa en el sinsentido de la vida. ¿Por qué no salimos de este antro de cultura? Tengo muchas ganas de respirar a mis anchas, tomarme un café, aun cuando en realidad no pueda poner en práctica mi deseo porque estoy escaso de recursos.

Le desoyeron, embebidos en que la vocación del hombre no sólo es conocer sino obrar de acuerdo a su conocimiento. Y como si estuvieran en la cima de una montaña, Domingo dijo *mi reino no es lo que*

tengo, sino lo que hago. Este ser que es lo que es por lo que hace, se auto califica de yo, y como dice el mecánico del barrio, "puede que haya mejores que yo, pero nadie es como yo porque yo soy yo". ¿Pero qué este yo? No es algo dado, aclara Fichte, sino aquello que tiene que hacerse. Es decir que no es un hecho sino un acto. Sin la realización de este acto, es imposible el conocimiento de nosotros mismos y, por consiguiente, el conocimiento de cualquier realidad externa.

Estas afirmaciones en las que se privilegia a la acción como determinante de la existencia y del conocimiento forman parte de una racionalidad que se expresa por medio de diferentes pensadores europeos, por cuanto "en la historia de la civilización europea no ha habido nunca una ruptura de la continuidad", anota Cassirer (1997), en *El Mito del Estado*, 156.

Ciertamente: recuérdese que desde los presocráticos se viene buscando los principios fundadores del universo y del hombre. Ellos dijeron: el fundamento de lo existente es el agua. O el aire. O el fuego. O la tierra. Y Marx creía que las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Darwin la evolución determinada por la sobrevivencia del más apto. Hegel la razón. Freud el Principio de la Realidad y el Principio del Placer. Y que no se cite ni a Nietzsche ni a Heidegger para no ser cargosos. No

obstante, ninguno de esos principios, por separado, explican la vida humana, y enciclopédicamente juntos, tampoco.